

CARTA XXXVII.

MARIANO A ANTONIO.

ANTONIO mio: Voy á continuar mi relacion, y, como te prometí en mi última, á hablarte del padre. Ya te acordarás que cuando te encaminabas á la América, y me trajiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fue la miseria de este lugar. Yo me acuerdo de que tú, viendo este espectáculo horroroso, me dijiste que aunque por desgracia muchos de los lugares de España en ciertas provincias eran infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese tanto, y no podías concebir como se toleraba que una sociedad de hombres viviese con tan poca policía y aseo, y añadiste que esto degradaba la humanidad.

En efecto las casas por la mayor parte eran asquerosas y amenazaban ruina; tan bajas, que no se podia estar en pie, tan hondas que el agua no podia salir, y estaban siempre húmedas; sus ventanas eran tan pequeñas, que el aire no podia circular. Así los asilos de aquellos miserables, lejos de servir de reparo á sus fatigas, eran sepulcros de vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, y tan llenas de infeccion, que no estrañamos que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Concebimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho ver tantas gentes que con el aspecto de hambrientos, y con el horror de la desnudez, nos presentaban el

de la mas lamentable indigencia. Tú partiste, y yo quedé consternado considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el cielo.

Mi corazon se afligió mas, cuando habiendo ido á buscar al cura le encontré en una iglesia oscura, húmeda, triste, desaliñada, y que apenas presentaba un lugar decente para ofrecer el sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me parecieron muy pobres. No pude ocultar al cura la pena que me causaba este espectáculo; él me manifestó la suya, y me dijo que esto le atormentaba en seis años que llevaba de cura; pero que su parroquia era en general muy pobre, y que si algunos vivian con tal cual comodidad, los mas eran infelices, y á ninguno sobraba nada.

Me añadió que sus rentas eran cortas y no bastaban á socorrer los muchos pobres que sin su auxilio morirían de necesidad, y que siendo estos los templos vivos de Dios le parecia que merecian ser preferidos; en fin yo no veía ni escuchaba nada que no me cubriese de luto el corazon. Lo único que me consoló fue el mismo cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instruccion. La experiencia nos ha hecho conocer despues su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo, le dí parte de mis tristes observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú, y la primera impresion que me hizo fue tan melancólica como la que tú experimentas;

pero una reflexion me ha calmado , y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo me dije : pues Dios me trae á este lugar que parece desdichado , y me da los medios de poder remediarlo , sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males ; ve aquí pues la vocacion de mi vida , ve aquí el destino que me esplica el cielo ; tú puedes decirte lo mismo , y en vez de gemir sobre tantas miserias trabajemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer , pero haremos lo que podamos , y se puede conseguir mucho con la proteccion del cielo y cuando se va despacio y con madurez. Hagamos cuanto sea posible , pero que sea sin fausto ni ostentacion. Empecemos por hablar con el cura y ponernos de acuerdo con él ; estoy informado de que en la ciudad vecina hay un buen arquitecto , le haremos venir , le pediremos que nos haga un plan en que nos proponga los medios de estender , aclarar y hacer sana la iglesia , y nos podemos servir de su talento para concluir esta obra.

Pediremos al cura que vaya á la ciudad , que compre todos los ornamentos y vasos que le parezcan necesarios para la decencia y magestad del culto , y en breve todo esto puede estar reparado : que estas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres que ha traído aquí el cielo para ser los padres de este pueblo : yo seré reo de toda la miseria que pudiera haber aquí si no la remediara. Dios me impuso esta obligacion dándome tantas tierras y derechos , y ahora me la renueva haciéndome

haciéndome vivir con estas gentes : todos los pobres son mis hijos , y van á ser objetos de mi solicitud. Empecemos pues por ellos , pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan cristianas : vino el arquitecto , se proyectó el plan , se emprendió la obra. La iglesia se agrandó , se aclaró y adornó ; el cura trajo de la ciudad lo que encontró mas propio para servir á los usos del culto ; y cuando todo estuvo pronto hicimos , para bendecir y abrir la iglesia , una funcion devota en que yo dije la misa , y el cura nos predicó un sermon. Este sermon acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro pastor , pues nos predicó con la simplicidad que correspondia al auditorio ; pero con toda la pureza y elevacion que pide el evangelio , y con la tierna y religiosa uncion de un corazon devoto y penetrado.

Mi amigo habia mandado hacer para aquel dia doscientos vestidos de hombre , otros tanto de muger y cuatrocientos de muchachos , y los habia dado al cura para que los distribuyese entre los mas desnudos. Todos asistieron vestidos ya con decencia á nuestra misa , y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta , que fué muy alegre sin dejar de ser devota. Parecia que todas aquellas gentes habian adquirido un espiritu nuevo , que se hallaban gozosas de verse con una iglesia mas espaciosa y elevada , en que ya no temian infeccion ni humedad , en que se veia mas luz , se respiraba mejor aire , y se adoraba á Dios con mas decencia.

Para acabar de una vez este asunto te diré, aunque sea adelantando las épocas, que una de las cosas que nos afligieron mas fué que, entrando un día en la escuela, no vimos en ella mas que un corto número de muchachos á quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño que en un lugar en donde habia tantos muchachos hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos mas necesarios; pero lo que nos afligió mas que todo fue ver al maestro que conocimos era un idiota que apenas sabia leer, menos escribir, y que solo sabia la doctrina cristiana por rutina sin entenderla.

El cura que nos acompañaba nos dijo que en el lugar no habia otro ni podia haberlo, porque no era posible proporcionar á un maestro que fuera capaz de enseñar bien un salario competente con que poder subsistir; que esto provenia de que una gran parte de los padres eran tan pobres, que ni siquiera podian pagar la módica retribucion acostumbrada; que otro gran número que pudiera pagarla, siendo ignorantes ellos mismos, y no conociendo la importancia de esta instruccion, se descuidaban de enviar á sus hijos, y preferian ocuparlos en cosas que creian mas útiles; que estando la escuela desierta no era posible pagar un maestro, y que si el actual hacia esto, era porque no podia vivir de otra manera; y que mejor era aquello que nada, y aun así se veia continuamente precisado á socorrerle.

Con este motivo nos contó que el año antecedente habia venido al lugar un hombre nacido en el lugar

mismo; pero que, habiéndose criado en la capital, se habia instruido bien, y era un maestro excelente; que estaba en estado de enseñar bien á leer, escribir y contar, y á mas muy bien enterado en la doctrina cristiana y capaz de enseñarla con perfeccion; que habia hecho cuanto era posible para detenerle y que tomase la escuela del lugar á su cargo; que el mismo maestro lo deseaba, porque tenia en él sus parientes y amigos; pero que habian visto que era imposible, porque el abandono general de la escuela y la incuria de los padres imposibilitaban su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta mas pena, nos añadió el cura, porque yo hubiera encontrado en este hombre lo que hubiera satisfecho los mas vivos deseos de mi corazon. ¿Y dónde está ese hombre? le preguntó mi amigo. Se volvió á la capital, dijo el cura. ¿Y pensais, le volvió á decir mi amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado querria venir todavía? No lo dudo, respondió, pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor cura, concluyó mi amigo, escribidle que venga; vos señalaréis el salario que convenga darle, y yo me obligo á hacer que se le dé: que venga, que enseñe á los muchachos de valde; que su obligacion sea instruirlos en la doctrina cristiana, en leer, escribir, contar y algo de dibujo, y nosotros haremos lo posible para estimular á los padres á que envíen á sus hijos á la escuela.

En efecto, el hombre vino, y ha desempeñado completamente su ministerio. La escuela está muy bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo

tomó para esto medidas que te explicaré despues. Ahora solo te digo que todos han aprendido, fuera de lo esencial, alguna cosa de dibujo, y algo del canto de la iglesia; que responden muy bien á los oficios, que todos los domingos y dias de fiesta tenemos misas solemnes; que yo soy el que las digo de ordinario; que el cura les hace sermones verdaderamente útiles y devotos; que todo se practica con la mayor uncion y reverencia, y que te llenarias de edificacion y dulzura celestial si vieras como pasamos en la iglesia las mañanas de los dias consagrados al culto del Señor.

Despues te diré como pasamos las tardes; pero ahora, para no perder el hilo de la enseñanza pública, te hablaré de las niñas. Mi amigo preguntó al cura que educacion se las daba, y este respondió que ninguna; que no habia escuela en que aprendiesen, que no tenian mas maestras que sus propias madres, y que, siendo estas ignorantes de todo, no podian darlas mejor educacion que la que recibieron; que en cuanto á la doctrina cristiana él procuraba instruir las, pero que siendo tantas le era imposible instruir bien á todas; que era una lástima ver la groseria que heredaban las unas de las otras, pues eran pocas las que sabian leer; que esta era la parte mas triste de aquella poblacion, porque las mugeres, por su poca habilidad en todo, estaban ceñidas á las ocupaciones domésticas, y absolutamente privadas de todos los medios de ganar la vida.

Este retrato fiel afligió mucho á mi amigo, y dijo

al cura: ¿No habrá medio para remediar esto? Yo lo veo muy difícil, respondió, porque seria menester establecer una escuela, dotarla, y encontrar una muger capaz de dirigirla. La muger es lo difícil, volvió á decir mi amigo, porque en cuanto á los gastos de la escuela y su dotacion yo pudiera hacerlos. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pasara por delante de los ojos, me acordé de una muger que yo conocia, y les dije: Yo veo desde aquí una muger que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdió su marido, y con él la renta de su empleo. Ha quedado en la última pobreza: yo la vi en situacion muy desconsolada; sé que ha tenido una educacion distinguida, y me parece muy superior á lo que necesita una escuela.

Creo que no se pudiera hacer una eleccion mejor, porque, fuera de la instruccion y talento que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa, y no me parece imposible que acepte la proposicion, porque busca un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que la escribiera sin perder un instante. Yo lo hice, la muger vino, y ha puesto una escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado y otras se educan. Ya hay muchas que saben la doctrina de la religion con una inteligencia muy superior á la comun, que leen y escriben bien, y ademas han aprendido todas las artes propias de su sexo. Ya no hay padre que no se apresure á enviar á sus hijas, y no

podrás figurarte cuanto ha influido esta atención á mejorar las costumbres públicas; ya todas parecen aseadas, decentes y modestas; se distinguen fácilmente las que han estado en la escuela, y esto ha contribuido á derramar entre todas una particular decencia y atención. Despues te contaré el destino de estas niñas cuando acaban el tiempo de su enseñanza.

Miéntras nos ocupábamós en estos objetos hacíamos tambien grandes escursiones en el campo, y dábamos grandes y útiles paseos. Mi amigo quiso verlo todo y reconocer por sí mismo tanto la estension y limites de sus propiedades, como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque lo hallaba todo en mal estado. No se veía mas que una porcion inmensa de tierra erial y abandonada; muy poca, esto es la que estaba mas cerca del lugar, puesta en cultivo, y toda la demas en manos de la inculta y agreste naturaleza. Ann aquella porcion que estaba cultivada lo estaba de una manera tan superficial y miserable, que no se podia ver sin lástima. La tierra apenas estaba removida, y cuando observábamós los tristes labradores cultivando sus campos nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles, y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dijo mi amigo: Ve aquí porque esta tierra, aunque sea tan fertil como es, no produce mas que cosechas infelices. ¿Cómo puede ser fecunda, si está tan poco removida? ¿si se trabaja tan poco y

se la ayuda ó fertiliza menos? Y ve aquí tambien la causa primera y mas activa de la pobreza de este pueblo. Todo pais en que la agricultura no florece será siempre desdichado, porque con ella todas las artes se fomentan y adelantan, y sin ella todas se debilitan y se pierden.

Mi amigo pensaba seriamente en buscar un remedio á este mal, que es la raiz de todos los males politicos y arrastra consigo la decadencia y la ruina de los imperios; pero no era fácil. Un día me dijo: Yo he hecho reflexiones, y me parece que la causa mas inmediata de la flojedad y abandono que observamos en nuestros labradores procede de dos principios. El primero es su ignorancia, no habiendo visto ni conocido nunca mejor cultura se imaginan que no hay mas que hacer que lo que ellos hacen; el segundo es su pobreza, pues, aunque supieran que es posible otra cultura mejor, no tendrían los medios de ponerla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida; pero corresponde á proporcion de lo que se la da, y no retribuye sino á medida de lo que se cultiva.

Para vencer estos inconvenientes no veo mas que dos remedios. El primero el del ejemplo; al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haria bien en destinar una porcion de tierra cerca del lugar á la vista de todos, y hacerla cultivar bien. Allí podrán ver como se cultiva bien una tierra, y mis cosechas, que serán ciertamente muy superiores á las suyas, les harán conocer las ventajas del buen

cultivo. Será muy posible que ellos no cojan nada, y que yo coja mucho, y entonces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada á otra que no lo está. Es natural que así suceda, porque la mayor parte de la pérdida de nuestras cosechas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto me parece demostrable, y para convencerte te pido sigas con atencion el racionio que voy á hacer.

La esperiencia nos hace ver que por lo comun las causas por que se pierden las cosechas en España, y que tantas veces esponen la nacion á la miseria, son cuatro: ó las aguas excesivas del invierno deslien la tierra y destruyen el grano, ó los hielos tardíos que sobrevienen cuando ya estan formadas las cañas les cortan la vegetacion, ó la falta de lluvias en la primavera deseca las plantas, ó finalmente los calores bochornosos que producen los vientos meridionales, y que llegan en el momento de la granazon, enjugan el grano, le disminuyen y le hacen perder su natural grosor. Me parece que estas son las causas ordinarias de la pérdida ó disminucion de las cosechas, y que todo lo demas que puede hacerlas mal es un fenómeno extraordinario de que no debe hacerse caso ni mencion.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo y las ventajas de una tierra bien preparada á otra que no lo está. Llamo mal preparada á una tierra que no está labrada mas que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por este defecto no ha podido

sacar nueva tierra, que esté descansada y sea productiva, sino que presenta siempre la misma superficie ya fatigada de haber producido; cuando no se ha dividido la tierra ni pulverizado, sino que se la dejan grandes glebas, que no solo no producen, sino que impiden que produzca la tierra que cubren; y en fin cuando porque no se ha removido el interior se conserva el fondo duro, y queda la simiente superficial espuesta á todos los inconvenientes; que por consiguiente no puede nacer, y si nace no puede tomar consistencia ni robustecerse, porque á causa de la dureza del fondo no puede penetrarle con sus raices.

Llamo la tierra bien preparada cuando está labrada profundamente, y cuando el arado removiendo el fondo ha sacado otra tierra nueva que presenta una superficie descansada capaz de producir con nuevo vigor, cuando está tan dividida y tan sin glebas que parece pulverizada; y en fin cuando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra quede enterrado á lo menos cuatro pulgadas, y además el fondo en que cae esté bastantemente removido para que pueda penetrarle con sus raices, vegetar y fortalecerse.

Es evidente que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro que no le es fácil penetrar, por consiguiente no puede robustecerse y queda aventurado á todas las intemperies; y que en la segunda está bastantemente cubierto y defendido, y como encuentra un fondo blando

puede en poco tiempo echar raíces profundas, penetrarle, fortificarse y sufrir sin peligro muchas intemperies.

Esto solo basta para demostrar y hacer patentes las causas por que se ve angustiada tantas veces la nacion con la falta ó la cortedad de las cosechas; pues las encontrarás facilmente en la pequeñez de sus arados y en lo superficial de sus trabajos, recorriendo los principios que hemos dicho ser los que producen estos daños, y hallarás visible que todas se deben atribuir á este defecto de las labores. Si el invierno es excesivo en lluvias, como el suelo de la tierra está duro, se detienen las aguas, forman charcos, el grano que está superficial nada en ellos, se deslíe, se pudre, se deshace; en vez de que si el suelo estuviera removido las aguas se filtraran, el grano quedara mas arriba y se conservara.

Si los hielos son tardíos secan la caña ya formada y no puede vegetar mas; pero esto nace de que el grano, no habiendo podido echar una raíz fuerte y vigorosa, porque no ha podido penetrar la tierra, tampoco ha podido eriar mas que una arista ó caña débil y somera que no puede resistir á la impresion del hielo, y por esto al instante se seca y marchita; pero si hubiera podido arraigarse mejor hubiera producido una caña mas robusta que la hubiera preservado de aquel daño, resistiendo á la rigidez de la intemperie.

Si la sequedad y el ardor de la primavera queman y consumen en poco tiempo las mieses de los campos,

es porque la poca agua de las lluvias del invierno que ha podido guardar en su seno una tierra dura se disipó muy presto con el calor del sol, y la débil raíz no puede resistir á su actividad; en vez que si la tierra hubiese estado profundamente removida hubiera guardado en su fondo mas humedad, y tanto por la mayor fuerza que sus raíces adquirieron, como por la mayor frescura que conserva, hubieran aguantado la sequedad, esperando mas tiempo el socorro del cielo.

En fin, si el bochorno enjuga, deseca y consume las plantas, es porque las encuentra débiles, sin vigor ni resistencia; pero las robustas le resistieran mas, porque con la humedad de su pie y la fuerza y lozanía de su caña se defenderian mejor.

Ve aquí las causas por que, aunque Dios ha dotado á nuestra España de las mas excelentes tierras de Europa, y tan fecundas que se podria aumentar diez veces mas el número de sus habitantes, se halla tantas veces angustiada y con los justos temores de no poder sustentar los pocos que tiene: son necesarias las mas felices influencias del cielo para que salga por acaso una buena cosecha, y como vistas las vicisitudes de las estaciones aquellas no son comunes, las cosechas abundantes tambien son raras, y la menor intemperie basta para destruir en un momento los consuelos y las esperanzas de un año.

Vuelvo á decir que es visible que esta miseria nace de la poca atencion que se da á la agricultura; y aunque se pudieran alegar otros defectos de ella, como

son la mala distribucion de las poblaciones, el mal ordenado repartimiento de las tierras y otros que es fácil numerar, es menester reconocer que todos estos males vienen á parar y se reunen todos á producir este cultivo ligero, atropellado y superficial, que es la causa mas inmediata y próxima de todos los daños.

Es imposible esperar ninguna especie de prosperidad sin que este defecto se remedie, porque al fin la agricultura es el primero y mas importante fundamento de la felicidad pública, como que de él depende no solo la vida y la tranquilidad de los hombres, sino tambien el comercio, las artes y todo lo que contribuye á dar fuerzas y respeto á una potencia, y es tambien lo que hace el placer, las delicias y abundancia de sus individuos. Pero el remedio de tantos males no es dado á nuestros esfuerzos, solo puede ponerlos el gobierno. Contentémonos nosotros con procurar á estas pobres gentes el poco bien que está en nuestras manos.

Yo pienso pues cultivar un buen pedazo de tierra, y cultivarlo á vista de todos. Nada persuade tanto como el ejemplo, y nada convence tan eficazmente como la esperiencia; procuraré exhortar á los que tienen medios á que me imiten, y si viese que algunos tienen voluntad de hacerlo, y que solo lo dejan de hacer porque no pueden, procuraré ayudarlos. Parece que esta idea es simple y fácil; pero no lo es tanto como parece, porque nuestra razon es á veces tan imperfecta, tan mal entendida y tan contraria á la misma prosperidad que se propone, que ella mis-

ma ata los brazos de aquellos que con mas luces y buenas intenciones quisieran contribuir á la felicidad de su pais.

Observad como el término dilatado de este lugar está reducido á un cultivo tan estrecho, que apenas se ven en labor las tierras inmediatas; pero desde que empiezan á alejarse un poco ya está todo inculto y abandonado. Yo soy cómplice de este delito, que se pudiera llamar de lesa humanidad, pues impido el aumento de la poblacion. Digo que soy cómplice, porque una gran parte de estas tierras son dehesas mias; diferentes sugetos tienen otras, y nos contentamos con arrendarlas para pastos y por muy corto precio; tambien hay porciones considerables que se llaman valdíos, y estas aprovechan menos. Todas estas tierras sirven de poco, y el motivo ó pretexto de esta pérdida es el pasto de los ganados; pero estamos tan atrasados en este punto, que por nuestra inconsideracion ni tenemos cultivo ni pastos.

El origen de este mal es que no sabemos ni estamos acostumbrados á criar los ganados en casa, esto es, á darles de comer de noche en el establo como se hace con los caballos y mulas. Queremos que el ganado lanar y vacuno vivan siempre á cuenta de la Providencia, que la economia y la industria del hombre no les ayuden en nada, y que no coman sino lo que la naturaleza les presenta en el campo; para conseguir esto es menester destinar mucha tierra á pocos animales y despoblar los lugares de hombres. Con esta conducta es indispensable convertir

las poblaciones en desiertos, y por aumentar la cria de los ganados disminuir la poblacion humana.

Pero lo peor es que ni aun esto se logra, porque ese cálculo tan atroz es tambien falso, siendo evidente que cuanto mas hombres haya, cuanto mas trabajen y cultiven la tierra, tantos mas ganados habrá. Nuestras leyes, hechas en tiempo en que la economia pública era desconocida, no tuvieron en consideracion estos principios, y así el interes de algunos y la costumbre general lo arrastran todo.

Aquí le interrumpí yo diciéndole: He oido y leido que todas las naciones estrangeras sin excepcion, y sobre todo las que mas florecen en la agricultura, han introducido una especie de prados artificiales; esto es, plantan una especie de yerbas vivaces que, aunque se corten, reproducen y las dan muchas siegas; que las guardan para mantener con ellas el ganado lanar y vacuno en el invierno, y que por este medio con poca tierra que destinan á la produccion de estas yerbas tienen con que alimentar muchos mas ganados. He oido tambien que con mas ganados tienen mas estiércol, pueden beneficiar mejor sus tierras, y con la tierra así beneficiada coger mayores y mas seguras cosechas.

Tú has dicho en pocas palabras, me respondió mi amigo, todo el secreto de la agricultura; y por ese tan encadenado método ya debes advertir que un labrador puede tener con poca tierra mas ganados y mas frutos. Todo depende de entender bien esta economía, que es hija de la reflexion y que está autorizada por la experiencia práctica de las naciones agri-

cultoras. Y ve aquí los principios simples á que todo se puede reducir: no encargarse de una porcion inmensa á que no pueden alcanzar las atenciones de un hombre, ceñirse á un terreno moderado, tal que un hombre pueda ver y cultivar bien; aprovechar la labor haciéndola alternar cada año para diversificar los frutos, destinar una pequeña parte para la produccion de las yerbas que mantienen los ganados, y cuidar de que estos vengan todas las noches al establo, así para que se alimenten, como para que dejen allí el estiércol, que es el mas precioso y útil de sus dones.

Yo concibo, le respondí, que todo eso seria muy bueno; pero, ¿cómo seria posible conseguir eso con labradores que por la mayor parte son muy miserables? ¿cómo podrán tener establos para conducir allí de noche sus ganados, sobre todo si me hablas de los trashumantes que tienen tantos y que estan tan mal repartidos? Pocos particulares tienen cabañas inmensas, y hay... No, me volvió á decir, no hablo ahora de esos; este es otro grande mal, que tiene otros principios y necesita de otros remedios y otras leyes. Pero este asunto nos forzaria á una gran discusion que nos alejaria de lo que tratamos, por ahora no te hablo mas que de los ganados que llaman estantes, esto es de los que tiene cada labrador para el uso y servicio de su tierra.

Tú dices que como los pobres labradores podrán encontrar establos. Yo te digo que tienes razon, pues que no los hay; te diré mas, que ni ellos ni aun los

mas ricos pudieran criar prados artificiales; pero tambien te diré que esta imposibilidad proviene en parte de nuestra antigua legislacion, que tal vez engañada por los interesados, en vez de ayudar á la agricultura la aniquila, en vez de animar al labrador le abate por favorecer al ganadero.

Ya sabes que en todas las provincias hay una especie de hombres que se llaman ganaderos, y son los que ó crian ó compran y mantienen los que sirven para el abasto. Estos son los enemigos públicos, la causa del atraso que padece la agricultura. No pertenecen á la clase de los labradores, ni son dignos de nombre tan honroso; son traficantes de carnes, que con una grangería tan útil para ellos, como ruinoso para el estado, sin tener tierras ni labores, se ocupan en criar, vender y mantener ganados; en una palabra, son como los vampiros que se chupan la sustancia pública.

Su pretexto es abastecer el comun de viandas, y para obtener sus fines han arrancado del gobierno providencias destructoras; unas veces engañando, otras corrompiendo, y siempre intimidando al gobierno con la carestía ó dificultad de los consumos, han conseguido todo lo que facilitaba su ruidoso tráfico, hasta forzar á las leyes á violar los derechos de los propietarios, obligándolos á dejar sus propios dominios abiertos á su voracidad; en fin han quitado á la agricultura los medios de prosperidad. No solo tienen yerma y desierta gran parte del campo, sino que impiden que lo poco que se cultiva se cultive bien,

pues

pues impiden al labrador que lo cierre, y con esto hacen imposible la cria y el aumento de los árboles, aunque en el dia se han cortado muchos de estos abusos.

¡ Desdichado el país donde el ganado, que debe ser el amigo y el compañero del hombre, está en manos de estos traficantes codiciosos! El verdadero y útil abastecedor es el labrador que vende para el consumo el ganado que ya le ha servido ó el que todavía no le puede servir. Si en España los labradores no estan todavía en este caso, es por el mal estado de la labranza; pero en los países en que los labradores por el uso de los prados artificiales pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son tambien los que mantienen los abastos; y ve aquí lo que sucede.

La tierra está dividida en pequeñas propiedades, cada propietario ó cada arrendador tiene la suya, y en ella todos los ganados que pueden mantener las yerbas que coge en sus prados; pero como cada año sus crias se multiplican, y no puede mantenerlas todas, está obligado á vender su sobrante. ¿ Y qué hace? Renueda sus bueyes, hace engordar á los que le han servido y estan ya cansados, y los vende, reservándose para el trabajo otros nuevos y mas vigorosos.

Como tampoco puede mantener todas las terneras que nacen en su establo, está forzado á venderlas, como tambien los carneros, y repone su falta con corderos nuevos. Por este medio siempre hay en la circulacion del comercio muchas carnes para el con-

Tom. IV,

11

sumo. La multitud de los labradores tiene y vende mucho mas de lo que venden ahora los ganaderos, y este proceder produce muchas ventajas; porque, fuera de la abundancia y mejor precio que resulta de la concurrencia de tantos vendedores, las crias se multiplican anualmente, la tierra se cultiva sin tropelia, y todos los ramos de la agricultura prosperan.

¡Qué lejos estamos nosotros de una economía tan bien entendida, y que sin embargo es casi general en toda Europa! Para ponerla en planta seria menester empezar por dividir las propiedades; puesto que ha dado ya el gobierno la facultad de cerrarlas, é impedido con sus leyes que nadie pueda entrar á devastar las propiedades ajenas, él mismo debería encargarse de dar en todas las provincias el ejemplo de los prados artificiales; exhortar á los grandes y ricos propietarios á que lo imiten, excitar á su formacion con premios y ventajas á los medianos, y no descansar hasta que llegue este método hasta los últimos. Todo esto es muy fácil al gobierno, y en poco tiempo puede hacerlo sin mas gasto que el de hacer leyes sabias, justas y bien entendidas que indirectamente se dirijan á su logro. La dificultad que me propones de los establos es grande; pero esta no es obra de un dia, y lo que no se empieza no se acaba.

Aquí le dije yo: Todo esto, amigo, es hermoso, y me parece claro; pero, ¿qué hacemos con eso? Nuestros discursos no pueden ser mas que especulaciones vanas, ó cuando mas los lamentos de un buen

corazón, pues que no podemos remediar nada. Así es, me respondió, y si te lo digo es porque estas ideas me han conducido á los proyectos que voy á proponerte. Dime, Mariano, ¿no te duele ver este término tan vasto, este horizonte donde la vista no encuentra un árbol ni una casa, este inmenso terreno que pudiera estar cubierto de lugares, espigas, frutales y jardines; verle, digo, yermo, inculto y abandonado, sin mas destino que el de mantener pocos ganados que se mantuvieran mejor en una pequeña porcion de tierra bien gobernada? En cuanto á mí te confieso que esta idea me contrista.

Pero, ¡cuánto mas nos debe contristar la consideracion de que en las mas de las provincias de España sucede lo mismo; que los lugares estan muy lejos los unos de los otros, que apenas se ve sembrada una parte de sus ruedos, y que todo lo demas se queda inculto! Un proceder tan absurdo no tiene otro principio que un error de que tambien los ganaderos son autores. Se deja en cada lugar con nombre de comunes una vasta porcion de tierra destinada á pastos. El pretesto es que los vecinos del lugar puedan apacentar sus ganados, el hecho es que solo los aprovechan los ricos ganaderos. Los pobres no tienen ganado, y si alguno lleva su yegua coja, su asno viejo, cuando llega ya no encuentra nada, porque los ricos ganaderos en un dia lo han devorado todo. Así no hay provecho para ninguno; y si le hubiera, solo seria para el ganadero que sin ser labrador vive con esta odiosa grangería.